

Territorio y lugar-hogar en Nariño

Adriana Patricia Bolaños Realpe

Profesora de Departamento de Humanidades

Universidad Mariana

«La revolución no se ha anunciado para la semana que viene. Pero se trata de una marcha decolonial, epistémica, política, económica y ética incuestionable e imparale hacia el futuro»
(Mignolo)

Durante la conquista de América, se han presentado diversos ejercicios de resistencias de los pueblos indígenas, esclavos y comunidades campesinas. Es así como se han mantenido prácticas de existencia y pervivencia, a pesar de la asimilación del sistema capitalista en sus territorios.

Por su ubicación geográfica, Nariño cuenta con costa, sierra y amazonia, lo que ha posibilitado una diversidad climática, natural y poblacional, generando un multiverso de relaciones que se han tejido a lo largo del territorio andino. A la vez, la diversidad y la riqueza han potenciado varios fenómenos (violencia por el conflicto armado, despojo de tierras, minería, narcotráfico, implementación de megaproyectos, entre otros) que han afectado el equilibrio social y natural, a partir de la modernización y agenciamiento del Estado para organizar una nación con regiones que estén en función de una lógica de desarrollo en los ámbitos agrario, político, económico, de identidades, cultural y ambiental, vinculados a un proceso de globalización e integración regional y continental.

De acuerdo con lo anterior, el territorio y el lugar, como espacios de existencia diversa en formas de vida, durante muchos años, se ha visto invisibilizados por los procesos de intervención del desarrollo, afectados en prácticas cotidianas, culturales, económicas, sociales y de saberes; además de ser marginados por no ser susceptibles de ser incorporadas a dinámicas comerciales en el orden global del mercado en el marco del capitalismo. Sin embargo, cuando el

mercado global encuentra en estas prácticas una funcionalidad a sus intereses, son incorporadas al sistema para fortalecer el consumo de nuevos productos que generen utilidades, por ejemplo, la comercialización y exportación de artesanías como productos exóticos, y muchas veces en el afán de ser insertadas al mercado, se genera explotación y cambio de la concepción identitaria en las comunidades que las producen.

Así las cosas, el mercado global tiene la flexibilidad para manipular la entrada y salida de productos y servicios según sus intereses. Cuando el capital vulnera la estabilidad de las economías locales, ya articuladas a lógicas comerciales nacionales e internacionales, las prácticas económico-culturales¹ de las comunidades, entendidas como resistencias emergentes, recuperan protagonismo, ya que comienzan a funcionar con más vitalidad en cuanto a las relaciones sociales surgidas a partir de los elementos fundamentales como la producción, la distribución y el consumo en el marco de una ritualidad andina de reciprocidad. Esto también se encuentra presente en varias partes del globo, donde las comunidades realizan ejercicios de resistencia locales, tal como plantea Holt-Giménez (2009): «A pesar de décadas de globalización, muchas personas alrededor del mundo continúan guardando semillas locales, todavía tienen sus parcelas familiares, construyen economías locales, establecen mercados justos y con perseverancia mantienen sus organizaciones cívicas vivas» (s. p.)

En Nariño, perviven estas manifestaciones en diversos territorios, en cuales la microverticalidad andina, comprendida como la distribución geo-espacial del territorio, permite dinámicas que difieren de las prácticas convencionales capitalistas. Según Murra (1981), «cada etnia se esforzaba por controlar un máximo de pisos y de nichos ecológicos para aprovechar los recursos, que en las condiciones andinas se daban solo allí» (p. 94).

Esta visión planteada por Murra, que se enmarca en una lógica de intercambio, fue complementada por el profesor Manián, quien acotó la visión dual del territorio andino nariñense. Esta postura agregó elementos culturales que estructuran una realidad propia indígena y campesina que se aleja de los patrones occidentales del capital. Los espacios ecológicoduales son una forma de vida y pervivencia que se organizan alrededor de una cosmogonía, donde el lugar y el territorio son vitales para su desarrollo propio; estas prácticas son consideradas formas de resistencia que han pervivido en el tiempo. En ellas, la cultura juega un papel fundamental en el desarrollo de la dimensión económica, convirtiéndola en un multiverso integrado, donde las personas, el territorio y los pensamientos se conjugan.

¹ La categoría analítica *economía cultural*, de acuerdo con Batista (2004), no es una forma de análisis antropológico de la economía, sino una forma de crítica, dirigida fundamentalmente al tratamiento convencional. En esta, los individuos y sus actividades son fundamentales, porque construyen y dan forma a las economías en las que se desenvuelven, dotan de significado a lo que los rodea y a sus prácticas sociales.

Algunas de las prácticas realizadas en los espacios ecológicos duales son reciprocas. Esta reciprocidad se da entre personas de varias zonas, donde existe variedad climática, o sea, lugares altos, medios y bajos. Esto permite tener acceso a una diversidad alimentaria y de recursos que conforman relaciones sociales propias, entroncadas con su percepción del mundo, cuando las personas hacen procesos de intercambio que en la práctica se traducen en un entramado complejo que hace evidente otras lógicas de resistencia fuera del capitalismo. Al respecto, el profesor Dummer (2004) describe algunas:

1. Las escogidas o ración: en la minga, el mingante, dueño de la fuerza de trabajo, debe recibir una porción de cosecha escogida por sí mismo, como retribución por su trabajo.
2. La payacua: consiste en ir donde están cosechando, llevándole al dueño de la cosecha algo que necesite en su labor inmediata; es así como el dueño está en la obligación de corresponder con su cosecha.
3. El agrado: es el regalo que se lleva a un pariente o amigo que se visita, porque hay que compartir lo que Dios da.
4. El misiar: consiste en que, si por casualidad en una cosecha se encuentra un producto de colores contrastados, se lo coloca entreverado con los normales y se los lleva como regalo a un compadre, amigo o familiar que viva en el espacio alterno. El que lo recibe queda misiado sin darse cuenta, y el año próximo tiene que donarle productos de su cosecha a quien lo misio.

Las anteriores prácticas representan economías de la diferencia, las cuales establecen lazos más allá del intercambio económico; por lo tanto, no son una relación que se establece desde la mera producción y comercialización, sino que a la vez constituyen «modos y modelos comunales [que] establecen nuevas relaciones sociales de producción basadas en la armonía entre los individuos con la naturaleza y entre las personas mismas, esto, contrario al paradigma capitalista representado en la máxima ganancia en los procesos económicos» (Gibson-Graham, 2011). Esto abre la posibilidad de alternar en los espacios dominados por el capitalismo, haciendo fisuras para operar desde adentro y así disputar la hegemonía que se pretende expandir y controlar las diferentes formas de vida.

En su multidiversidad, América Latina está entramada por pluriversos, entendidos como diferentes formas de comprensión e interacción con la realidad, con esto se abre la posibilidad de pensar otras epistemologías que consideran, además de lo material, una multidimensionalidad que desborda las categorías racionales, un ejemplo de esto son las comunidades indígenas de Nariño, que desarrollan sus relaciones sociales entre las economías del capital y las economías de la diferencia, teniendo como un eje de relación la microverticalidad, donde las mujeres son protagonistas, ya que son vitalizantes



de una economía cultural, contraria al capitalocentrismo. En este último, muchas veces, ellas son desconocidas por las lógicas de mercado, dado que consideran que su trabajo carece de valor a nivel monetario y de ganancias.

En su horizonte diverso, el buen vivir puede comprenderse desde una ética de vida digna, que reconoce no solo la dignidad humana, sino también la no humana y natural. En este sentido, se desconfiguran las relaciones sujeto-objeto y esto es precisamente lo que ocurre con las prácticas de vida en el mundo andino de Nariño, en el momento en que la microverticalidad funciona como eje vivificante de las relaciones en el territorio y el lugar-hogar².

De esta manera, surgen modos de vida que se diferencian de los estilos occidentales. Esto plantea la posibilidad real de otras identidades que existen, habitan y coexisten con las del mundo occidental, sin desconocer las tensiones que pueden presentarse por conflictos, hibridaciones y sincretismos. El buen vivir plantea una ruptura en los momentos que parecía que la única manera de existir era bajo el estilo occidental norteamericano o europeo; no obstante, al observar las localidades, se evidencia que en ellas ha pervivido otras formas de interpretación de la realidad, las cuales, en esta época, han ofrecido perspectivas que permiten afrontar la crisis contemporánea de otra manera.

Entre las diferentes crisis que afronta el mundo, como económicas, sociales y ambientales, las prácticas y los modos de vida de las comunidades rurales en la vida indígena, campesina y afro, sumadas a propuestas alternativas desde espacios urbanos, académicos, de género y ambientalistas, se muestran como posibles respuestas a los problemas del mundo contemporáneo. En consecuencia, los espacios duales que surgen de la microverticalidad andina pueden ser un ejemplo de aprendizaje que posibilita pensar en formas de producción locales, que no necesariamente tienen que estar determinados por lo económico, sino que abren el camino para reencontrarse desde el diálogo e intercambio que surge de las relaciones culturales, en las que no se piensa a partir del beneficio absolutamente individual, y sí desde el fortalecimiento de lazos comunitarios, comprendiendo que el bienestar de la comunidad es el bienestar de la persona. Lo anterior está ligado a un habitar el territorio, que también es parte fundamental de la existencia como individuo y como comunidad, que invita a cuidar de las otras formas de ser para mantener el equilibrio de la vida como totalidad.

²Entendemos por lugar-hogar la visibilización del entorno que comprende al territorio como un espacio vivo, donde habitan diversas formas de vida y que, por lo tanto, se cuidan e interrelacionan para mantener vivas esos vínculos en conjunto.

Referencias

- Batista Medina, J.A. (2004, del 25 al 27 de marzo). Economía cultural: elementos para un análisis cultural de lo económico y para una crítica de la economía (ortodoxa) [Memoria]. *IX Jornadas de Economía Crítica, Área 9: Fundamentos de la economía crítica*, Universidad de Complutense, Madrid.
- Gibson-Grahan, K. (2011). *Una política poscapitalista*. Siglo del Hombre Editores.
- Mamian, D. (2004). *Los pastos en la danza del espacio, el tiempo y el poder*. Ediciones UNariño.
- Murra, J. (1981). Los límites y las limitaciones del “archipiélago Vertical” en los Andes. *Maguaré*, (1), 93-98. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/93-98>

Horizontes
Literario